

La curaduría: un oficio de sofistas¹³⁷

Gonzalo Ortega

México

El filósofo alemán Oswald Spengler (1880-1936) en alguna ocasión se aventuró a comparar a los sofistas griegos del siglo V a. C. con los enciclopedistas franceses del siglo XVI-XVII. Pero ¿qué podría llevar a alguien a comparar dos momentos tan distantes uno del otro en la historia? Necesariamente tuvo que haber sido una similitud tan evidente que no podía pasar inadvertida ante los ojos de un estudioso como Spengler. Él consideraba a la sofística como una constante cultural, es decir, como una actitud ante la sabiduría de la que muchos se han investido a lo largo de la historia. Desde su surgimiento en el mundo antiguo y hasta nuestros días, referirnos a la sofística se ha hecho principalmente desde de dos perspectivas, la primera de las cuales es histórica y alude al movimiento filosófico del mundo griego concretamente. Pero la segunda, que es la que aquí

interesa, se utiliza como un adjetivo aplicado al talante de expertos y sabios que, ante todo, buscan el triunfo dialéctico sobre sus interlocutores o adversarios. En la historia de occidente y de oriente pueden encontrarse momentos en los que dicho talante es extremadamente parecido al de los filósofos originales de la sofística. Me refiero a sus cuatro grandes representantes: Protágoras, Gorgias, Pródico e Hippias.

Si la comparación que hizo Spengler resulta válida, es decir, aceptando que la sofística también puede ser un sistema dialéctico cuya única finalidad es obtener la victoria en el debate, dejando a un lado la búsqueda de la verdad, entonces podemos aplicar el término a quienes

137 Versión revisada y ampliada del texto publicado originalmente en la *Revista RIM / Artist rag from Mexico City and LA*, núm. 4, Spring 2004, bajo el título "La verdad falsa".

muestran una propensión a anteponer todo tipo de argumentos y trucos ante la razón con el fin de establecer conclusiones inapelables. Hay quienes consideran pertinente aplicar el término a todos aquellos que actualmente, sin cuidar su reputación, defienden ciertas tesis supuestamente verdaderas o plausibles, con la confianza de que su discurso experto convencerá a todos.

Pero regresando a la comparación a la que me referí al inicio, a continuación explico las condiciones en las que los enciclopedistas franceses del siglo XVIII (el así llamado “siglo de las luces”) desarrollaron una postura ante el conocimiento digna de ser incluida en la sofística. En la ciudad de París entre los años de 1751 y 1772, Denis Diderot, en colaboración con el matemático Jean le Rond d’Alembert, editó la primera versión de lo que hoy conocemos como enciclopedia, publicación que constaba de no menos de 35 volúmenes.¹³⁸ Esta edición compilaba las opiniones en materia de filosofía, política, arte y religión más vanguardistas de su tiempo. Inicialmente el proyecto consistía únicamente en traducir al francés la *Cyclopaedia* del inglés Ephraim Chambers, pero una vez iniciada la labor surgió en ellos la inquietud de realizar —ayudados por Louis de Jacourt (1704-1779)—, un inventario de todos los conocimientos de su época. El proyecto resultó ser tan ambicioso que muchos de los grandes escritores y pensadores del momento, como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, aceptaron participar.

¹³⁸ L’encyclopédie fue publicada entre 1751 y 1772 en 28 volúmenes, once de ellos dedicados a grabados. Cuatro tomos suplementarios aparecieron entre 1776 y 1777, con más de 200 grabados, y un índice analítico de contenidos, en dos volúmenes, en 1780.

Las implicaciones de una empresa tan afanosa, caracterizada por la pretensión excesiva de sus realizadores, no tardarían en encontrar severas críticas por parte de diversos detractores. La situación más polémica giraba en torno a qué tan correcto era acumular, o al menos pretender hacerlo, todo el conocimiento de la humanidad en una sola edición. Ahora podemos deducir que este proyecto estaba inevitablemente limitado a la interpretación subjetiva de los autores. La Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios, (*L’Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*) además de implicar un orden extremadamente complejo con sus aproximadamente 72 mil artículos (18 mil de los cuales fueron escritos por Louis de Jacourt), sufriría una serie de críticas y obstaculizaciones por parte de la Iglesia y del Parlamento de Francia. Curiosamente, y gracias a esta querrela, la obra encontraría un lugar preponderante en la historia del pensamiento occidental.

La actitud egocéntrica y grandilocuente de todos los miembros del equipo de Diderot y d’Alembert les llevaría al camino sin salida de perder la objetividad en la mayoría de los casos de la enorme lista que buscaban acopiar. Pretendían ser los poseedores absolutos de la verdad. Dedicaron todos sus esfuerzos para conseguirlo y fueron registrados lamentablemente en la historia como individuos llenos de buenas intenciones, pero demasiado convencidos de sus conocimientos. Esa actitud es la que llevaría a Oswald Spengler, aproximadamente un siglo y medio después, a compararlos con aquéllos filósofos de la Grecia antigua. Spengler estaba en contra de la construcción de una “historia

oficial”, unidireccional y que no considerara las variables específicas de diversos núcleos antropológicos y socioculturales en constante pugna entre sí. Para él este tipo de pensamiento suponía un error fundamental: equiparar a la historia real con la historia del desarrollo y el progreso. Evidentemente *L'Encyclopédie* caía perfectamente dentro de ese esquema.

Pero Spengler no fue el único que reconoció la arrogancia y el exceso de confianza a las que en ocasiones orilla la erudición. También el filósofo español José Ortega y Gasset, ya en pleno siglo XX, se mofaría de esa actitud al comparar a fisicoculturistas que lucen su musculatura con quienes presumen sus conocimientos en público.

Para entender dichas comparaciones hay que aclarar que efectivamente los sofistas del siglo V a. C. eran los expertos del saber. A ellos se les atribuye que la filosofía natural, medular para el mundo griego, virara del enfoque cosmológico que perduró durante mucho tiempo, para desembocar en los problemas de la reflexión antropológica. Es importante señalar que los sofistas brotaron originalmente como un movimiento intelectual que pudo proliferar gracias a una crisis del espíritu griego. La sofística apareció cuando las masas conquistaron la vida pública formando una conciencia nacionalista; situación muy similar a la que se viviría en el siglo XVIII en Francia. Esta situación de intervención plural significó, tanto en Atenas como en París en sus respectivas épocas, el control comunitario sobre la educación y la sociedad. Cuando la opinión que cuenta es la de la colectividad, surge entonces la necesidad de convencer y especialmente de objetar. La pluralidad orilló al debate, y con ello al surgimiento de argumentos y de posturas radi-

cales. En esos debates siempre ganaría, queda claro, el que pudiera expresarse mejor.

Pero, en comparación con lo anterior, caer en la ilusión casi mesiánica de que la verdad de uno es aplicable a todos los casos es, si no ingenua, demasiado jactanciosa. El siglo XIX fue el escenario para que los teóricos de la hermenéutica Friedrich Schleiermacher y Wilhelm Dilthey buscaran interpretar el sentido “verdadero” de textos antiguos dentro de un proceso de reconstrucción psicológica. El texto contenía, según la percepción de ellos, la expresión de los sentimientos del autor, y quien quisiera descifrarlos sólo debería intentar ponerse en su lugar para revivir lo que le había inspirado. Esta idea denotaba demasiada confianza en el método, casi como si se tratara de un acto de magia. Pero hay que decir que efectivamente la hermenéutica sería una útil herramienta para el estudio de la teología, aplicándose específicamente a la interpretación de las Sagradas Escrituras. Su utilización llevaría a obtener frutos que permitirían el estudio concienzudo no sólo de textos seculares, sino también provenientes de otros contextos.

Hay entonces una diferencia importante entre la hermenéutica del siglo XIX, que buscaba obtener la *verdad original*, y la sofística, que en cambio buscaba aplicar argumentos sin importar que fueran falsos, es decir, *imponiendo una verdad*.

En el siglo XIX se vio renovado el interés por la filosofía del proceso, originada en el siglo VI a. C. por el filósofo griego Heráclito, que buscaba la adecuación de la realidad con la inteligencia; esto significa, mantener una idea flexible y cambiante de la realidad y de la verdad. Pero la tesis de Heráclito suponía que el ser hu-

mano, por medio del esfuerzo de la razón, podía descubrir una serie de verdades inmanentes. El procesualismo del siglo XIX consistía en cambio en una visión especulativa del mundo que afirmaba que la realidad está sujeta a un constante flujo de cambios (en esencia, la línea de pensamiento de Spengler). Esta perspectiva difiere de otros planteamientos filosóficos basados en la idea de una realidad eterna que trasciende a la existencia del hombre. Como resumen puede decirse que la filosofía del proceso acentuaba el devenir dinámico, mientras que la filosofía de la sustancia recalca el ser estático.

La realidad inestable y problemática del hombre ha sido motivo para que se generen continuamente nuevas visiones del mundo. Es por ello que cualquier postura determinista es válida siempre y cuando esté vigente en un momento o una época delimitada. Para la visión perspectivista de Ortega y Gasset: cada ser humano tiene una vida de características concretas y determinadas, la cual se construye a sí misma de acuerdo con diferentes circunstancias. No existen verdades eternas o absolutas, sino perspectivas sobre la verdad. Cada humano vive en un espacio y en un momento histórico que le da una forma determinada de ver y de pensar; no hay verdades atemporales, sino perspectivas de la realidad. La verdad es transitoria, así que por qué no ser lo suficientemente diestros como para acomodarla de acuerdo con nuestros intereses.

Con la sofística el filósofo se inserta en la sociedad como un hombre común que, en lugar de meditar o monologar, discute; alguien que “retira el velo” que cubre a los convencionalismos de la cultura y ayuda a que otros ámbitos,

como el del arte, mantengan un nivel autocrítico sobre la realidad del hombre.

El escaparate de la sofística le viene como anillo al dedo a las manifestaciones artísticas, porque permite a los creadores inferir fundamento a sus trabajos, pudiendo justificar casi cualquier cosa que hagan. Muy aparte de juzgar si ésta postura es correcta en lo moral y en lo ético, debe reconocerse que abre posibilidades infinitas de expresión y que desliga a los artistas de cualquier idea preconcebida de la cultura. La actitud del “sofista-artista” promueve la creación de nuevas realidades, convirtiendo en verdadero, cuando menos para el arte, lo que antes no lo era.

Pero cada situación tiene su aspecto negativo, y en este caso surge cuando interfieren figuras de poder que comienzan a tomar las decisiones importantes haciendo uso de su “don” legitimador. Me refiero a algunos curadores de arte contemporáneo, quienes habitualmente son los que deciden qué es “valioso” y qué no lo es. Su discurso experto pretende convencer al público de cosas que en ocasiones difícilmente se perciben en los trabajos de los artistas, llegando a alterar seriamente su significado. Su talante no es en lo absoluto diferente al de los sofistas y su experiencia produce argumentos aparentes para defender propuestas intrincadas. En el diccionario de la Real Academia de la Lengua la primera definición de curador es la de aquel que lleva el cuidado de alguna cosa. Pero las definiciones subsecuentes nos dicen que se trata de la persona nombrada para cuidar de los bienes y negocios del menor, o del incapaz de gobernarlos por sí mismo. Un irónico desenlace ha encauzado a que quienes hoy

en día se invisten de la arrogancia de la curaduría representen a los artistas, como si ellos no pudieran hacerlo. Ellos son los portadores de la verdad oficial del arte y quienes se encargan de *re*-interpretar el sentido de los trabajos de los creadores. Pero uno se pregunta: ¿cómo es posible que los artistas acepten que les sea arrebatado el contenido de sus trabajos? En la mayoría de los casos ceden porque el discurso experto de los curadores resulta mucho más atractivo e instruido de lo que ellos pudieran decir. Enfrentamos aquí la manipulación de la verdad al servicio del espectáculo y de un aparato de mercado muy complejo y exigente.

Al igual que en la Grecia antigua, en la actualidad la fuerza de los intelectuales (curadores, filósofos, políticos, etcétera), es notoria. Dependiendo de qué tan bien formulen sus planteamientos —y no exactamente de qué tan éticamente correcto se manejen—, pueden impactar directamente el curso de las decisiones que afectan a ciertos grupos o comunidades. Hay que poner mucha atención en función a qué intereses.

En el caso de la política se enfatiza el uso persuasivo del lenguaje para facilitarle el éxito en la vida pública a quien recurra a esta táctica. Es por esto que la palabra “sofista” adquiere en este contexto un significado peyorativo. Ejemplos clarísimos de esto los vivimos todos los días a través de los medios de comunicación. Nadie podrá negar la falta de credibilidad que surge en nosotros al escuchar discursos políticos en temporada de campañas. Para muchos de nosotros queda claro que en la mayoría de los casos lo que se dice es únicamente labia electoral.

Pero no siempre los fines de una retórica en defensa de falacias han sido tan desdeñables. También en la historia del pensamiento oriental existe un curioso ejemplo del conocimiento aplicado a la defensa de fines ajenos a la verdad. La escuela de la filosofía china de “los dialécticos”, o también llamados “sofistas chinos”, de entre los que destacaron Hui Shih (o Huizi, 惠施, 380-305 a. C.) y Kung-Sun Lung (o Gongsun Long, 公孙龙, aprox. 325-250 a. C.), tenía como uno de sus objetivos principales el resolver disputas pacíficamente por medio de buenos argumentos, aunque en ocasiones también se recurría a argucias. Solían desarrollar frases como “la sombra de un pájaro que vuela, no vuela”. Algunos se oponían a este modo de pensar, opinando que no conducía a ninguna parte; aunque también existían quienes se apoyaron en las metáforas de esta dialéctica para desarrollar obras literarias de gran belleza. Es el caso de otro pensador de la antigua filosofía china, Zhuang-zi (庄子, 369-286 a. C.), quien se piensa fue alumno de Hui Shih. Los trabajos de Zhuang-zi lo inmortalizaron como un pensador dinámico que se apoyaba en parábolas e imágenes, más que en argumentos.

Entendiendo las posibilidades de la sofística, y tal vez basándose en casos como el de los dialécticos Hui Shih y Kung-Sun Lung, diversas corrientes filosóficas del siglo XX intentaron reivindicar su espíritu crítico. Autores tan dispares como el rumano Emil Michel Cioran (1911-1995) o el español Fernando Savater (1947), elogiaron el valor posmoderno del sofismo como una posibilidad de acceder a diferentes niveles de significado, y por lo tanto a verdades antagónicas simultáneas. La certeza de que la sofística

comenzó siendo la expresión de una crisis en el contexto ateniense, más que de una evolución interna o del desarrollo de un pensamiento evolucionado, los llevó a hacer una comparación quizá un poco más aventurada a la que en su momento hizo Spengler, ya que la llegada de la posmodernidad ocurrió también en un momento de gran incertidumbre ideológica.

Para las teorías sociales más actuales el uso recurrido de la sofística proporciona la posibilidad de un conocimiento legítimo, es decir, de una verdad en la que el hombre pueda confiar, no importando su autenticidad. Esta necesidad de creer en algo ha ocasionado que proliferen modelos negativos. Muchos de quienes hoy abusan de los beneficios que pueden obtenerse de tal destreza retórica se aprovechan de la ingenuidad de los demás, y lo hacen casi siempre por la ambición económica y por el poder. Un dato curioso es que en Atenas, el enseñar por remuneración era considerado una agresión abierta a los principios de la comunidad. En cambio hoy en día, profesionales de la abogacía se vanaglorian en la desvergüenza de lucrar defendiendo a criminales confesos. La contraposición entre el sano sentido común y la artificiosidad, entre la búsqueda seria de la verdad y el juego intelectual, se ha ramificado en numerosas profesiones. Quinientos años antes de Cristo, en la península de los Balcanes, el sano sentido común era atribuido a los sabios; en cambio la artificiosidad era una aberración imputable a los sofistas. Plutarco (c. 46-125), biógrafo y ensayista griego, afirmaba que los sofistas habían mezclado la habilidad política con el arte de la elocuencia, trasladando su profesión del ejercicio al discurso. Actualmente la

línea de demarcación entre ambos conceptos es demasiado confusa.

Casi todos los sofistas concluyeron afirmando que la verdad y la moral eran en esencia materias opinables. Esta laxitud de no creer verdaderamente en algo nos ha hecho renunciar a toda necesidad de conocer, en el sentido más empírico, las cosas del mundo. Nos ha llevado, en suma, a que no queramos indagar lo que está unos milímetros más allá de nuestras narices.